

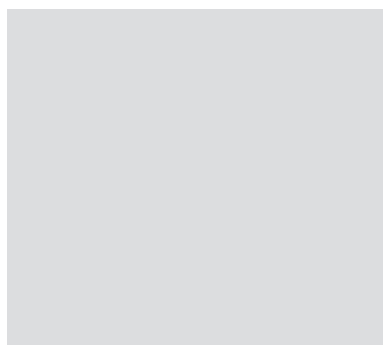


Claudio Rodríguez, casi una leyenda

Cualquier ocasión es buena para recordar a un gran poeta y a una persona ejemplar. Pero, a pesar de lo mucho que llevo ya escrito sobre el conjunto de su obra, cada día me resulta más difícil hablar sobre él. Durante largo tiempo, Claudio Rodríguez no sólo fue mi principal objeto de estudio y mi poeta de cabecera, sino también un maestro y, sobre todo, un amigo lleno de generosidad y de verdad. Sin embargo, su vida sigue siendo un misterio para mí. Por eso, ahora, cuando intento traerlo de nuevo a la memoria para trazar este perfil, necesito apoyarme en la figura de otro escritor de la misma generación al que también admiro, Miguel Espinosa, evocado por su hijo Juan en el libro *Miguel Espinosa, mi padre* (Comares, Granada, 1996). El mismo día en que Claudio Rodríguez desapareció, yo también descubrí con angustia que, a pesar de haber estado tantas veces junto a él, nunca me había atrevido a hacerle una pregunta que ahora, que ya no puede responderme, me resulta acuciante y decisiva: «¿Quién eres tú, Claudio?» Cinco años después de su muerte, sigo sintiéndome culpable de tamaño descuido, si bien comprendo que su presencia viva, junto a nosotros, hacía entonces inútil y absurda esta cuestión. ¿Quién era, pues, Claudio Rodríguez? Cuando me hago ahora esta pregunta, yo también tengo la sensación de que, a pesar de que se manifestó abundantemente entre nosotros mediante el afecto, la palabra y la escritura, Claudio Rodríguez pasó por esta vida casi de incógnito. Y tal impresión se acrecienta, desde luego, cuando releo sus poemas. Llega cierto momento, es cierto, en que he de interrumpir la lectura, cerrar el libro, abrir bien los ojos y buscar, casi sin quererlo, primero a mi alrededor, y luego más lejos, más allá, a la persona que está detrás de ese texto, agazapado entre sus líneas.

Y de nuevo me pregunto: ¿Quién fue, en realidad, Claudio Rodríguez? Quienquiera que fuese, parecía, en efecto, crear y reinventar el mundo sin ningún esfuerzo; parecía poseer las cosas sin necesidad de cerrar la mano sobre ellas; parecía, incluso, que vivía en un total olvido de sí, volcado al exterior, como si él hubiera nacido no para tener una biografía propia o una identidad, como cualquiera de nosotros, sino para dar sentido a los demás, así como a todas aquellas cosas que lo rodeaban. Vivir el misterio de la vida y tratar de mostrarlo poniendo de manifiesto su condición misteriosa, sin pretender desvelarlo ni enmascararlo, esa es justamente la función de la poesía, tal y como la entendía y practicaba Claudio Rodríguez. «Por mucho que sepamos –me explicó en cierta ocasión–, siempre será más lo que ignoramos que lo que conocemos. Por eso, con frecuencia, en la leyenda hay más verdad que en la historia. Y en la poesía, más que en la ciencia –añadió con una sonrisa irónica y cómplice–, salvo que esa ciencia, claro está, sea una de las formas de la poesía, como ocurre con la física teórica, que cuanto más luz proyecta sobre el origen del universo más misterio añade».

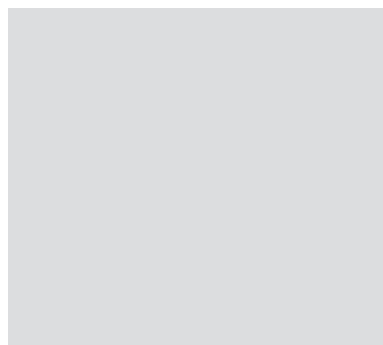
Cuando escribo ahora esto, me doy cuenta de que, en Claudio Rodríguez, el pensamiento adoptaba la forma de una percepción, de una mirada, más que de una reflexión; pensar venía a ser en él una forma de mirar, de contemplar la realidad. Y eso sí que era un don. Porque el verdadero don no está en el hecho de que la claridad venga del cielo, como escribió él al comienzo de su primer libro y de su obra toda, sino en saber mirar la claridad sin que nos ciegue. De hecho, siempre que intento recordarlo y traer al presente su esquiva figura, lo primero que me viene a la cabeza son sus ojos, y más concretamente su mirada, esa mirada franca y luminosa, aun en las peores circunstancias, esa mirada viva, inocente y

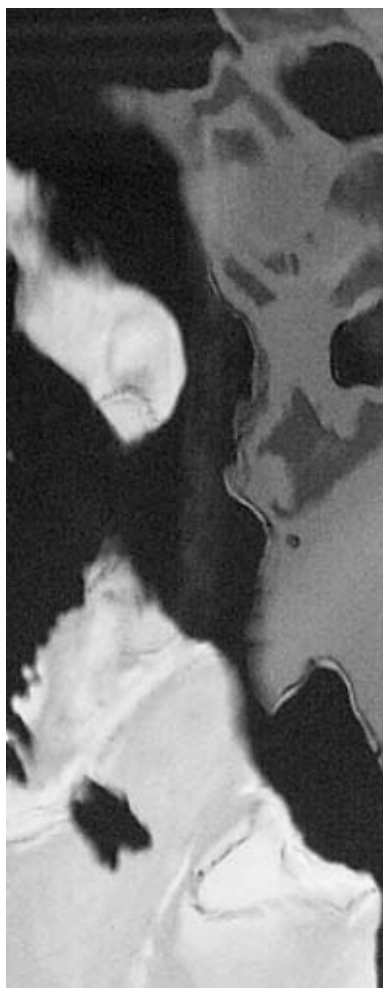


asombrada, esa mirada que, como bien dijo él en un verso memorable de *Alianza y condena*, «no tiene dueño». Y es que Claudio Rodríguez, como el pintor Henri Matisse, miraba la vida con ojos de niño. La infancia es, por otra parte, una de las constantes y una de las principales influencias de su poesía. Pero la niñez, para el poeta, no era sólo una edad o una etapa en la vida del hombre, sino una condición del ser humano, esa en la que se manifiesta el asombro y la sorpresa ante la realidad de ese niño que fuimos y del que todavía habita en muchos de nosotros. «Yo no creo que la infancia se pierda –solía decir Claudio Rodríguez–. Y no estoy hablando de la nostalgia del paraíso perdido, de la inocencia perdida, que tantos poetas han cantado. La infancia es, para mí, algo perenne y duradero, vital y vitalicio». Y en el alma del autor de *Conjuros*, siempre hubo, según escribe Gaston Bachelard en *La poética de la ensoñación*, «un núcleo de infancia, de una infancia inmóvil pero siempre viva, fuera de la historia, escondida a los demás, disfrazada de historia cuando la contamos, pero que sólo podrá ser real en esos instantes de iluminación, es decir, en los instantes de su existencia poética».

Existe, de hecho, una continuidad entre la mirada expectante del niño y la mirada creadora del poeta. Porque Claudio Rodríguez no sólo pensaba con la mirada, como ya he dicho, sino que escribía también con la mirada. «La creación –llegó a decir, en una ocasión– comienza con la mirada. Mirar es ya de por sí una operación creadora o configuradora». Todo aquello que vemos en nuestra vida diaria está más o menos distorsionado o falseado por los prejuicios mentales y los hábitos adquiridos, por el engaño y la rutina. Pero, para el creador, es esencial mirarlo todo como si lo estuviera viendo por primera vez, despojado de extrañas adherencias, en toda su pureza y con todo su misterio. No en vano el mundo de la infancia es siempre el mundo a punto de nacer, el mundo sin estrenar. La poesía de Claudio Rodríguez es, pues, en buena medida, el resultado de un «exceso de infancia». Y, paradójicamente, ésa es quizá una de las razones de que fuera un poeta tan asombrosamente precoz.

Cuando Claudio Rodríguez publica *Don de la ebriedad*, tenía sólo diecinueve años. Pero, en su mayor parte, lo había escrito entre los diecisiete y los dieciocho. Con él obtuvo el prestigioso Premio Adonais. Y su aparición supuso una sorpresa y un acontecimiento para los poetas, lectores y críticos del momento. Gerardo Diego lo saludó en *El Noticiero Universal* como una «inaudita, esencial y maravillosa revelación». Naturalmente, llamó mucho la atención la extraordinaria juventud del autor. Pero lo que más impresionó fue su tremenda originalidad. Se trataba no sólo de una voz madura y segura de sí misma, sino también de una voz que no se parecía ni remitía a ninguna otra, y que, desde luego, no tenía nada que ver con lo que en esos momentos se estaba escribiendo en España. De hecho, su publicación fue un revulsivo y un aldabonazo en el panorama poético de los primeros años cincuenta. Así lo recordaba, por ejemplo, Manuel Padorno: «El único libro deslumbrante de los poetas de mi generación fue el de Claudio Rodríguez, *Don de la ebriedad*. Yo no sé cómo se dio, pero supongo que ahí estuvo la mano de Vicente Aleixandre. También la de José Luis Cano. Ellos, creo, hicieron todo lo posible para que el libro de Claudio explotara en el aire de España y se expandiera a todos los rincones: el aire de la Meseta, como un beneficio. De ahí arrancan muchas cosas. Se discutió interminablemente». No en vano este primer libro –realmente inaugural y fundador– convirtió de inmediato a Claudio Rodríguez en un autor imprescindible en cualquier nómina o antología de la poesía del momento y hasta en un joven maestro para los nuevos poetas, de entonces, de ahora y de siempre.





Pocos autores han sido luego tan unánimemente respetados, queridos y valorados como él. Y, sin embargo, hubiera sido muy difícil encontrar a alguien con menos conciencia de sí mismo y que se diera menos importancia que Claudio Rodríguez. Los elogios, las distinciones y los premios lo abrumaban, y hasta le producía un gran asombro que los estudiosos quisieran ocuparse de su obra. Y es que la poesía, para él, no fue nunca una cuestión de voluntad o decisión, sino de carácter y destino, e incluso yo diría que de fatalidad. Era la poesía la que lo había elegido a él, y él se había limitado a cumplir lo mejor posible su tarea, una tarea que, por cierto, era, a la vez, un don o un carisma y una pesada carga. Nadie encarnó como él la figura del poeta en la sociedad contemporánea. Como el célebre *albatros* del poema de Baudelaire, Claudio Rodríguez fue siempre un hombre desgraciado, dual y paradójico, puesto que vivía en contacto permanente con el misterio y con lo sagrado, pero, al mismo tiempo, estaba muy apegado a la tierra y en relación constante con los otros.

Claudio Rodríguez sentía, además, una inmensa curiosidad y respeto por todas las cosas. Si, en su poesía, hablaba con frecuencia del vuelo de las aves, era porque sabía, entre otras cosas, que el vuelo de la paloma tiene tres tiempos, y es muy distinto al de los otros pájaros, tal y como él mismo había comprobado en sus largas caminatas. Y si en un poema hablaba, por ejemplo, de una llave o de una cerradura, aunque fuera de forma simbólica, era porque se había pasado largas horas observando con paciencia y asombro el trabajo de los cerrajeros. «A mi me encanta mirar –me dijo en una ocasión–, disfruto mucho viendo a la gente trabajar, viendo cómo se hacen las cosas. ¿Te has fijado en que hoy en día ya sólo nos relacionamos con el objeto “acabado”, que ya no lo vemos hacer? Un campesino de Zamora me dijo un día que la paciencia se aprende y ejercita mirando crecer las plantas. Yo puedo tirarme horas y horas contemplando cualquier actividad o la quietud de las cosas cotidianas, no sólo la naturaleza».

Asimismo, Claudio Rodríguez experimentaba una profunda simpatía por todo lo humano, y, en este sentido, su necesidad de compañía y de comunicación eran inexcusables. No sólo estaba de buena gana entre la gente, sino que ejercía constantemente su ciudadanía como quien participa en una fiesta. De ahí que le gustara tanto visitar los mercados y las tascas, y, desde luego, callejear, sobre todo callejear. Para él, el poeta más callejero –el poeta *flâneur* por excelencia– de la literatura española, callejear implicaba lentitud, disponibilidad y apertura al mundo. Callejear era dejarse llevar, no por los pies, sino por los sentidos. Era seguir un color, tropezar con un olor, dejarse atraer por los sonidos, saborear el momento. Era andar sin rumbo cierto y sin ninguna prisa, adonde la mirada lo llevara. Naturalmente, esto tiene su origen en su *manía andariega*: salir a campo abierto y perderse durante días, a veces semanas y hasta meses, por los campos de Castilla, algo que influirá en su poesía y en su manera de ser y de entender la vida. De hecho, muchos de los poemas de sus primeros libros fueron escritos mientras caminaba, al ritmo de sus pasos.

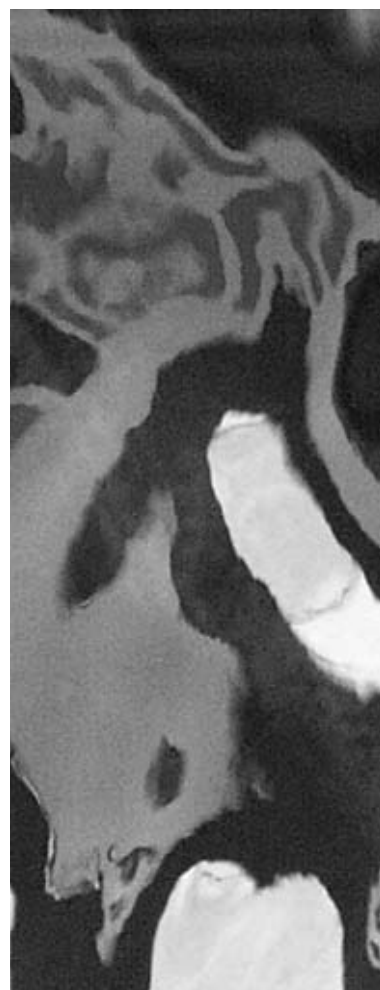
Sólo en la calle, en fin, podía satisfacer su apetito de ver, eso que alguien llamó la «pasión de la mirada». La calle era, por lo demás, su auténtico lugar de trabajo y el único ámbito donde aún podía acontecer el milagro de la poesía y de la «contemplación viva». Pero, sobre todo, era el lugar de la convivencia y de la amistad. Y, a este respecto, creo que nunca olvidaré una noche en El Puerto de Santa María, una de esas típicas noches de Claudio –noches largas, alcohólicas, tumultuosas y peripatéticas–, una noche en la que, después de haber bebido muchos, muchos vinos y de haber recorrido muchas, muchas tascas, Claudio me aseguró que él no bebía por vicio ni para ahogar las penas, que él bebía única y exclusi-

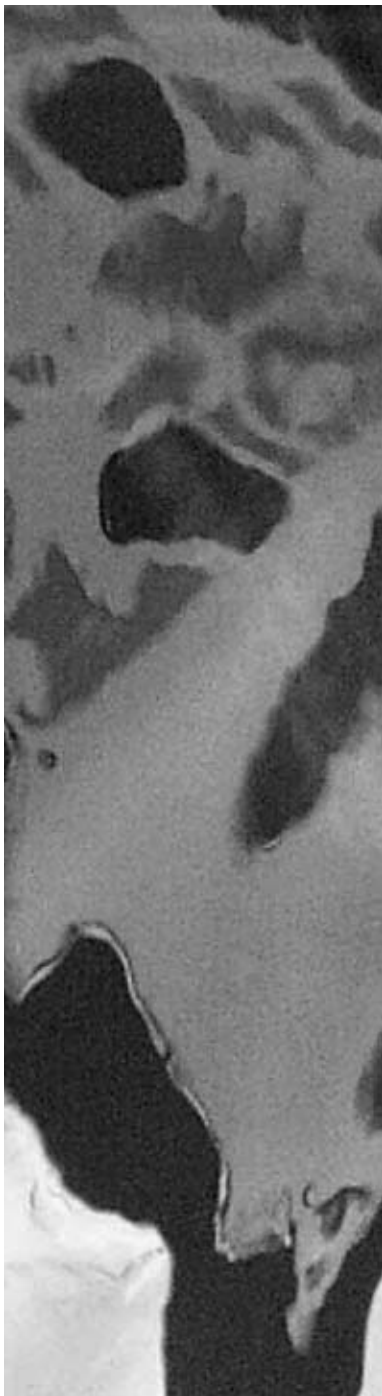
vamente para poder estar con los otros –«con vosotros», puntualizó dirigiéndose a todos los parroquianos, conocidos o no, que en ese momento nos acodábamos en la barra– y para poder celebrar con ellos –o sea, con nosotros– el mero hecho de existir, con todas sus consecuencias. «Por eso –continuó–, me da igual un vino que otro, una taberna que otra. Porque lo único importante es la amistad, y lo demás son tonterías». De hecho, para Claudio, como para su paisano Eugenio de Luelmo, al que hizo inmortal en uno de los poemas de *Alianza y condena*, el único oficio, y además sin horario, era la compañía, y su única vocación verdadera, la amistad.

A Claudio, por otra parte, no le gustaba ir de poeta por la vida. Por eso, siempre que podía, eludía hablar en público de su obra, como si no fuera algo suyo, como si no la hubiera escrito él, o como si le avergonzara o le diera pudor hablar de ella. En cierta ocasión, le invitaron a dar un recital en Salamanca y, cuando terminó, alguien del público le preguntó que qué había querido decir en uno de los poemas. Éste, con exquisita amabilidad, le contestó que un poema no se podía explicar, y que, en todo caso, el autor era el menos indicado para hacerlo. «Un poema –añadió–, si está logrado, se explica por sí mismo. Y, si no lo está, no merece la pena darle más vueltas. El poeta no sabe nunca lo que va a decir cuando empieza a escribir un poema y no pisa terreno firme hasta que no lo termina. Y, para entonces, su lectura vale lo mismo que la de cualquier otro. Es el poema, pues, el que tiene que hablar o que callar».

He dicho que a Claudio no le gustaba ir de poeta por la vida, y, sin embargo, es evidente que, en su caso, vida y obra estaban estrechamente unidas. De hecho, la vida y la poesía convergen y se unifican en sus versos, y se nutren y se penetran mutuamente. De ahí que las diferentes etapas de su trayectoria vital tengan también su correspondiente reflejo y expresión en cada uno de sus libros: desde la infancia y adolescencia, marcadas por el entusiasmo y la exaltación y por la comunión con el cosmos y la naturaleza, hasta la vejez y la muerte, que es uno de los temas centrales de su último libro, *Casi una leyenda*, y del libro que Claudio estaba escribiendo en el momento de su muerte con el título provisional de *Aventura*. De tal modo que su obra, como su vida, ha quedado también inconclusa.

Según parece, Claudio Rodríguez no llegó a conocer con exactitud la verdadera gravedad de dolencia, y, sin embargo, parece que intuía, de alguna manera, la proximidad de la muerte. De ahí ese aire de despedida que se respiraba en las últimas conversaciones con sus amigos, y de ahí también su obsesión por terminar el nuevo libro que se traía entre manos. «La verdad es que necesito tiempo» –comentaba con frecuencia. Cuando pienso en Claudio en tales circunstancias, se me vienen a la cabeza las palabras que Miguel de Cervantes escribió, cuatro días antes de morir, en la dedicatoria y en el prólogo de su *Persiles y Sigismunda*, publicado ya póstumamente. Son esas mismas palabras que, según he oído, Rafael Sánchez Ferlosio no puede leer, y ahora comprendo por qué, sin lágrimas en los ojos. Dicen así: «Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir [...]. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos [...]. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín*, y del famoso *Bernardo*. Si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de *La Galatea*». Y luego exclama al final del prólogo: «¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!»





Claudio Rodríguez, como Miguel de Cervantes, a quien, sin duda, puede comparársele en el alto valor de su escritura y en humanidad, también sabía que le quedaba poca vida, y lamentaba también, con serenidad y hasta con una cierta resignación, no poder dejar bien cerrado el ciclo de su obra. Pero, al igual que Cervantes, lamentaba, sobre todo, tener que abandonar a los amigos y no poder disfrutar ya de las gracias y donaires de este mundo y de las innumerables cosas que lo pueblan. Lo que explica que, de vez en cuando, volviera la vista hacia Zamora, hacia su lugar de origen, así como su voluntad, expresada por escrito, de ser enterrado en el cementerio de su ciudad natal, cerca del río Duero, al que tanto cantó en sus poemas. Con esta vuelta, quiso cerrar al menos su ciclo vital, ese que se completa, no con su muerte, sino con el retorno definitivo a los orígenes. Se trata, en definitiva, de devolver a la tierra lo que de ella salió, aunque sea de una manera simbólica, para así poder comenzar un nuevo ciclo, pues ya se sabe que, en los ritos ancestrales de renacimiento y regeneración, la tierra del origen no difiere de la tierra del fin. De hecho, éste es uno de los temas fundamentales de su último libro publicado, *Casi una leyenda*, y, muy especialmente, de uno de sus mejores poemas, «Solvat seclum». El título está tomado del comienzo del «Dies irae» de la Misa de Difuntos, y en él se alude a ese día en el que el universo será aniquilado y reducido a pavesas. Pero no se trata de un poema apocalíptico ni trágico ni elegiaco, sino más bien una oda o un himno a la muerte y a la destrucción, un canto a la erosión y a la disolución de la materia, vistas aquí como algo positivo y necesario. Polvo somos, sí, y en polvo nos convertiremos, nos recuerda el poeta. Pero ese polvo encierra lo que él llama la «aurora del polen», la semilla de la regeneración y la promesa de una cierta resurrección, aquí en la tierra, que no en el cielo, entre las cosas que él tanto amó, entre esas mismas cosas que él salvó de la ruina, de la rutina y de la desaparición.

Nada humano o terreno le era ajeno, pues, a Claudio Rodríguez, ni siquiera la muerte, con la que estaba tan familiarizado desde que murió su padre cuando él tenía apenas trece años. A partir de ahí, la muerte, incluso en sus formas más trágicas, estuvo muy presente a lo largo de su vida y de su obra. Desde *Don de la ebriedad*, en el que la muerte es una forma de consumación y entrega, hasta *Casi una leyenda* y su libro inconcluso, *Aventura*, en los que la muerte tiene un sentido paradójico y esperanzador. En uno de los papeles que estaban sobre la mesa de Claudio Rodríguez cuando murió, hay una anotación que dice lo siguiente: «No es un itinerario o trayecto sino una “Aventura”». Hablaba, sin duda, del que iba a ser el título de su próximo libro, esto, es, de la poesía, de la vida.